vinetur

La digitalización del vino europeo avanza a dos velocidades

Golovin advierte de que muchas bodegas solo añaden sensores sin cambiar el modelo productivo

martes 5 de mayo de 2026



La digitalización avanza en el sector del vino europeo, pero no lo hace al mismo ritmo en todas las zonas ni con el mismo alcance. En algunas bodegas y viñedos, la tecnología ya forma parte del trabajo diario. En otras, sigue pesando más la tradición, el tamaño reducido de las explotaciones y la dificultad para justificar inversiones que tardan años en recuperarse.

Timofey Golovin, cofundador del centro de innovación Winno y organizador del acelerador WineWayLab, sostiene que el cambio es desigual y que no basta con incorporar sensores o programas de gestión para hablar de una transformación real. En su opinión, muchas bodegas han sumado herramientas digitales a procesos que apenas han cambiado en décadas.

Golovin explicó a AgTechNavigator que en segmentos como la elaboración natural o biodinámica, o entre productores de zonas como Borgoña, la tradición sigue siendo central. Según dijo, hay procesos que no se digitalizarán pronto porque afectan de forma directa al terruño, al estilo del vino y a la reputación de cada casa.

Esa defensa de la herencia no elimina la necesidad de innovar. El sector vive con más presión por la variabilidad climática, las heladas tardías y la falta de mano de obra. Golovin puso como ejemplo las pérdidas sufridas en partes de Borgoña en 2021, cuando una helada de abril llegó a arrasar hasta 40% de la cosecha en algunas fincas.

El problema es especialmente visible en las explotaciones familiares pequeñas, que son mayoría en Europa. Una bodega de unas 10 hectáreas puede conocer el valor de estas herramientas, pero no siempre ve claro el retorno de una inversión elevada. Golovin recordó que el vino funciona con ciclos de capital muy largos, cercanos a 30 años, y que replantar una viña no es una decisión rápida ni barata.

Ese horizonte temporal condiciona cualquier cambio. A diferencia de otros cultivos anuales, la viña ata tierra, dinero e identidad durante décadas. Por eso muchas bodegas prefieren avanzar con prudencia, incluso cuando la tecnología ya está probada.

La resistencia tampoco se limita al campo. Golovin señaló que parte de la experiencia del vino evita de forma deliberada una presencia tecnológica visible. En bares especializados o en fiestas rurales del vino, el público suele preferir un ambiente ligado al territorio antes que pantallas, menús digitales o propuestas inmersivas.

Eso no significa que no haya innovación en otras fases de la cadena. El almacenamiento automatizado, la gestión digital del stock y los sistemas de compras están ganando terreno en muchas empresas. Plataformas como InVintory o BinWise

están modernizando bodegas sin alterar la imagen que el consumidor asocia al vino.

Golovin advierte, sin embargo, de un error frecuente: confundir optimización con transformación. A su juicio, buena parte de lo que hoy se presenta como innovación son sensores y paneles de control colocados sobre operaciones que siguen funcionando igual desde hace años. Eso sirve para mejorar tareas concretas, pero no cambia el modelo.

Existen ejemplos más avanzados. Entre ellos figuran robots autónomos como Vitibot y Oxin, además de equipos para bodega con apoyo de inteligencia artificial desarrollados por firmas como Della Toffola. Pero su impacto sigue limitado por la fragmentación: muchas herramientas no están conectadas entre sí y sustituyen partes del proceso antiguo sin crear uno nuevo.

Para Golovin, una transformación real exigiría rediseñar el sistema completo. Eso incluiría plantar variedades que hace una década no estaban permitidas por algunas denominaciones pero que podrían ser adecuadas dentro de unos años; usar modelos de aprendizaje automático para decidir qué uvas encajan mejor en cada ladera; y crear nuevas relaciones de datos entre viticultores y negociantes.

En bodega, ese cambio podría traducirse en decisiones casi autónomas sobre producción, previsión del potencial de envejecimiento por parcela y distribución más eficiente con menos intervención humana. “Son cambios sistémicos”, afirmó. “Modifican qué puede ser el vino y dónde puede hacerse”.

También advirtió de que una buena infraestructura digital no basta si las decisiones siguen ancladas en esquemas antiguos. “Una viña con un gran sistema IoT y decisiones propias de los años noventa sigue siendo una viña atrapada en los años noventa”, dijo.

Pese a esas barreras culturales y estructurales, Golovin ve margen para avanzar sobre todo en robótica. Considera que los viñedos son un terreno adecuado para sistemas autónomos por su organización en filas, su alto valor por hectárea y la falta persistente de trabajadores en campañas clave.

En paralelo, cree que la inteligencia artificial puede cambiar también la logística, el suministro y el consumo del vino. La automatización ya se usa para vigilar parcelas, aplicar tratamientos o controlar malas hierbas en algunas explotaciones.

El clima acelera este proceso en regiones nuevas o emergentes. Productores del Reino Unido, Escandinavia o Bélgica están incorporando desde el inicio sistemas contra heladas y herramientas de viticultura de precisión. No tienen dos siglos de estructuras heredadas que adaptar a posteriori.

El caso británico sirve como referencia para esa evolución. Su industria del espumoso ha pasado en poco más de una década de ser una curiosidad a ganar credibilidad fuera del país. Grandes casas champenoises como Taittinger o Pommery entraron allí en los años 2010, cuando el mercado ya estaba más digitalizado e instrumentado.

En regiones como Burdeos o Toscana, el recorrido es distinto porque pesan más las normas, las tradiciones productivas y la necesidad de introducir variedades antes impensables. Golovin cree que ese ajuste será inevitable si el sector quiere responder a un clima más inestable y a unos costes laborales más altos.

También ve al vino como un campo útil para probar tecnologías agrícolas antes de llevarlas a otros cultivos. El valor por hectárea permite amortizar sensores o máquinas autónomas con más facilidad que en producciones extensivas como los cereales o el arroz.

La cuestión ahora es si esa adopción servirá solo para mejorar procesos puntuales o si llevará a cambios más profundos en cómo se produce y se distribuye el vino europeo. Para Golovin, si la digitalización se queda solo en los paneles de control, el sector habrá avanzado poco pese a haber llenado sus bodegas de datos.